

HÉROE ANÓNIMO

Hazañas de un capitán republicano
durante la guerra y el exilio
(1936-1945)

Cristina Durán y David Barreras



ANATOMÍA DE LA HISTORIA

Publicado bajo una licencia Creative Commons 3.0 (Reconocimiento – No comercial – Sin Obra Derivada) por:

Cristina Durán, 2014.

David Barreras, 2014.

Anatomía de la Historia, 2014.

www.anatomiadelahistoria.com

anatomiadelahistoria@gmail.com

Edición a cargo de:

José Luis Ibáñez Salas

Diseño:

Anatomía de Red



Héroe anónimo: hazañas de un capitán republicano durante la guerra y el exilio (1936-1945)

Cristina Durán y David Barreras

El 26 de octubre de 2014 se conmemora el centenario del nacimiento del capitán del ejército republicano **Juan José Mateo Tejedor**. Escribimos estas letras como una especie de homenaje a un hombre que en nuestra opinión fue un héroe, a pesar de ser un desconocido para la mayoría de nosotros. Es por ello que eligiendo a Juan Mateo como personaje principal para este artículo, es nuestro deseo que estas palabras que aquí escribimos se erijan en reconocimiento a la labor realizada por todos los que como él combatieron en defensa de nuestras libertades.

La figura de Juan Mateo debería quedar encumbrada como un ídolo, como la de tantas otras personas sin nombre, simplemente porque en un difícil periodo histórico osó luchar con valor por defender sus ideales y cumpliría con este cometido haciendo siempre gala de un comportamiento justo. Las aspiraciones de Juan consistían, básicamente, en proteger la libertad que tanto había costado traer a España tras sufrir el durísimo gobierno dictatorial del general Miguel Primo de Rivera y la nefasta presencia en el trono de Alfonso XIII, reminiscencias ambas del Antiguo Régimen, al que todos y cada uno de los Borbones, excepción hecha del actual monarca, han venido sometiendo a esta nación. Debemos recordar que, en primera instancia, tanto la Segunda República como el gobierno del Frente Popular se habían impuesto únicamente por la democrática fuerza de las urnas.

En la Columna Durruti

Juan Mateo nació el 26 de octubre de 1914 en la pequeña localidad de Beceite (Teruel). Llegaría al

mundo en el seno de una familia humilde, que era lo más probable que te podía ocurrir por entonces si te tocaba ver la luz en un país en el que imperaban las desiguales económicas y sociales. Juan sería el mayor de ocho hermanos y por ello muy pronto debería trabajar duro para ayudar a la familia. Con veintiún años, mientras se encontraba en Lérida realizando el servicio militar, tendría lugar el golpe de Estado del 18 de julio de 1936, con tan mala suerte para él que el coronel al mando de su cuartel se unió al bando rebelde y ordenó desarmar y encarcelar a todo aquel que fuera sospechoso de permanecer fiel a la República. Debido a su ideología anarquista, Juan fue encerrado junto a muchos otros de sus compañeros y durante su breve cautiverio, aquel mismo día, escucharía por las celdas el rumor de que el coronel, consciente del fracaso del *alzamiento* en la zona, se había suicidado. Y parece que fue cierto, pues Juan y sus compañeros no tardaron en comenzar a ser liberados, a pesar de que el cuartel militar no se encontraba totalmente controlado por el bando republicano. Algunos de los que se hallaban junto a Juan recibieron un fusil, pero incluso no pocos de estos privilegiados carecían de munición y debían abrirse paso entre los rebeldes, que les oponían resistencia en su avance hacia el polvorín, a base de golpes de culata del arma de fuego que empuñaban. Otros reclutas y soldados menos afortunados que los anteriores únicamente podían emplear en esos momentos la fuerza de sus manos y sus pies para defenderse de los amotinados a porrazos. Finalmente, por suerte para los fieles a la República, los partidarios del bando sublevado acabarían cediendo el dominio absoluto del cuartel, motivo por el cual muchos de los que se habían podido armar en el depósito de armas recién tomado se dirigirían al centro de la ciudad, cuyas ca-

lles estaban siendo foco de otros combates. Allí nuevamente se encontrarían con algunos combatientes que, desarmados, deberían abrirse paso entre los cadáveres de los caídos en defensa de la República, a los que rápidamente les quitaban el fusil para que pudiera ser empleado por un republicano vivo, en medio de un dantesco escenario urbano, el más terrible en el que puedes encontrarte para librar una guerra, pues nunca sabes desde donde te van a disparar ni el momento en el que van a hacerlo.

No obstante, Lérida pudo por fin ser pacificada y puesta bajo control de los republicanos, aunque el caos continuó estando presente tanto allí como en prácticamente el resto del área de España en la que había fracasado el alzamiento militar, dado que buena parte de los mandos y de los soldados del ejército de la República de España se habían unido al bando nacional. Era preciso, por lo tanto, dar cuanto antes forma a aquel conglomerado de soldados no profesionales y milicianos, dotar a esta tropa de cierta estructura y convertirla en un ejército regular. Sería precisamente esa imperiosa necesidad de oficiales la que brindó a Juan la oportunidad de poder preparar en Barcelona su ascenso a teniente. Sabía leer y escribir, era inteligente, incluso podría haber llegado a estudiar bachillerato en Zaragoza, pero el dinero no alcanzaba para ello, motivo por el cual, como ya sabemos, debió comenzar a trabajar a temprana edad. Por todo lo descrito en la frase anterior Juan era firme candidato para convertirse en oficial.

Pero antes de que esto ocurriera el recluta Mateo se uniría a la conocida como Columna Durruti, la tropa de milicianos comandada por el anarquista Buenaventura Durruti que avanzaría por la provincia de Zaragoza a través de sus pequeñas localidades sin encontrar demasiada oposición. Este grupo de voluntarios antifascistas acabaría constituyendo a partir del 28 de abril de 1937 la 26 División del Ejército (regular) Popular de la República, compuesta, a su vez, por las Brigadas Mixtas 119, 120 y 121, en la primera de las cuales combatiría Juan Mateo.

La liberación de los pueblos y aldeas zaragozanos por parte de la columna anarquista constituiría todo un éxito para la milicia republicana: destacan en este contexto las tomas de Pina de Ebro y Osera de Ebro,

pero muy pronto, en las proximidades de la capital, su avance sería detenido en seco ante la fuerte resistencia que allí se daba por parte del bando sublevado. La inexperiencia de los combatientes de la columna haría el resto para que Zaragoza no pudiera finalmente ser tomada.

Ante el atasco que se produjo en territorio zaragozano, Durruti se dirigiría con una parte de esta indisciplinada tropa hacia Madrid, quedando el resto, el recluta Juan Mateo incluido, en tierras aragonesas. Mientras el líder anarquista combatía en la capital del país, una noche Juan quedó muy sorprendido al serle comunicado el nuevo santo y seña: “venganza”. El joven soldado no tardaría nada en temerse lo peor y sus miedos quedarían confirmados cuando acabó enterándose de que Durruti había caído en combate de una forma un tanto extraña, probablemente traicionado por algún republicano.

La guerra había acabado por lo tanto para Durruti, pero en cambio no había hecho más que comenzar para Juan Mateo. En este contexto tuvo lugar un suceso que afectaría profundamente a nuestro protagonista. No sabemos a ciencia cierta cuando ocurrió pero, en cualquier caso, se produjo al inicio del conflicto bélico, antes de la militarización de la columna anarquista en la que combatía. Un día, Juan fue llamado junto a otros compañeros para preparar una emboscada contra un pequeño grupo de soldados del bando sublevado que se encontraba acampado en el monte. Para ello, los republicanos tomaron posiciones en una zona elevada y desde allí pudieron divisar como buena parte de los componentes del pelotón enemigo se estaban bañando tranquilamente en las aguas de un riachuelo, sin sospechar ni lo más mínimo del fin que pronto les esperaba. Alguien entre los republicanos ordenó entonces abrir fuego y al poco de iniciarse los primeros disparos todos los soldados rebeldes fueron masacrados. Este acto marcaría profundamente a Juan, quién se arrepintió una y otra vez de participar en él, pues consideraba que matar de esa manera a hombres desarmados y totalmente desprotegidos no era honesto. Nunca jamás volvería Juan a disparar a lo largo del conflicto a alguien en estas condiciones. A partir de entonces nuestro protagonista decidió que únicamente lucharía de manera justa, por más que en este tipo de guerras

fratricidas fuera muy común que tuvieran lugar los actos más atroces que puede llegar a cometer el ser humano. Tanto es así que aunque durante la Guerra Civil era frecuente no hacer prisioneros y ejecutar en el acto a todos aquellos del bando contrario que eran apresados, no obstante, Juan, ya desde su posición de oficial del ejército republicano, siempre concedería clemencia a aquellos soldados que se rendían, pues como él afirmaba, muchos se habían visto forzados a combatir con tal de poder evitar ser asesinados solamente por estar en el lugar equivocado cuando estalló la guerra, es decir, por encontrarse en tierras donde los golpistas habían triunfado. En este contexto, Juan Mateo se mostraría ecuánime hasta el extremo de que incluso cuando en ocasiones algunos subordinados de su propio bando cometían actos criminales sobre la población civil ordenaba detener a éstos para que fueran entregados a las autoridades republicanas y sometidos a juicio, algo con lo que su propio padre no podrá contar cuando sea apresado en la zona bajo control sublevado.

El progenitor de Juan Mateo Tejedor, Juan Mateo Porta, fue fusilado en Zaragoza el 20 de agosto de 1938, sin ofrecérsele ni tan siquiera la posibilidad de defenderse de los cargos por los que se le acusaba. El único crimen que se le pudo achacar a este jornalero fue ser delegado de la CNT en el Consejo Municipal de Beceite, su pueblo. Sólo por ello fue ejecutado con carácter sumarísimo, aunque, paradójicamente, a buen seguro que antes se le brindó la posibilidad de redimir sus pecados a través de la confesión a un sacerdote.

La batalla del Ebro

Precisamente, ahora que esto mencionamos, comentaremos una curiosa experiencia vivida por Juan y que también nos demuestra la extrema dureza de los conflictos bélicos, al tiempo que da bastante que pensar acerca del papel de la Iglesia en aquella guerra. No sabemos a ciencia cierta en qué lugar se produjo, pero sea como sea, el caso es que en algún lugar, muy probablemente en la provincia de Zaragoza, la tropa liderada por Juan fue emboscada en las proximidades de una iglesia cuando entraba en un pueblo. Se trataba de un nido de ametralladora que les estaba provocando numerosas bajas. El arma

en cuestión se hallaba en lo alto del campanario, con lo cual gozaba de un amplio radio de tiro y de una posición defensiva privilegiada. No obstante, los republicanos pudieron finalmente acceder al edificio religioso y cuando alcanzaron el campanario, por sorprendente que pueda parecernos, desde las alturas arrojaron a los dos sacerdotes que manejaban la ametralladora, quedando sus cuerpos destrozados. Ningún enemigo más había en el templo.

Una vez militarizada la Columna Durruti, la Brigada Mixta en la que combatía Juan Mateo, la 119, fue destinada a Pina de Ebro, uno de los puntos que habían de ser defendidos a lo largo de un frente aragonés que continuaba estático tras el intento frustrado de asaltar Zaragoza. Allí permanecería hasta que fueron desplazados para participar junto a otras unidades republicanas en la batalla de Belchite. El 24 de agosto de 1937, se iniciaron los ataques sobre esta localidad zaragozana, lugar en el que los defensores se hicieron fuertes parapetados en sus edificios y muros de escombros, motivo por el cual, a pesar de la superioridad numérica de los republicanos, se debieron mantener duros combates en los que se produjo un elevado número de bajas para los dos bandos, con un asalto final, en un caluroso verano, a cargo de las Brigadas Internacionales, en el que incluso se debió luchar casa por casa. Tanto es así que no sólo los defensores sufrieron las consecuencias de las elevadas temperaturas y la escasez de agua. Juan nos contaba al respecto que un sofocante día comieron melón antes de entrar en combate y que todos sus compañeros, como es lógico, tiraban la corteza tras ingerir esta fruta, desechos que el de Beceite se apresuró a recoger. Aquel día acabarían luchando durante muchas horas sin disponer de agua, motivo por el cual, como Juan explicaba, le vinieron muy bien las cortezas de melón para poder hidratarse, tanto es así que incluso se dedicó a repartirlas entre aquellos que desesperados por la sed se las pedían.

Caído Belchite en manos republicanas a principios de septiembre de 1937, el frente aragonés quedaría estabilizado hasta que hacia marzo de 1938 el bando franquista iniciaría una ofensiva para dominar esta región, siendo por entonces trasladada la 119 Brigada Mixta a Lérida, al área del río Noguera Pallaresa, para controlar la línea defensiva de Huesca. Sin embargo, totalmente superados por el ene-

migo debieron retirarse, pasando a ocupar en agosto de 1938 posiciones en una cabeza de puente sobre el río Segre, en la localidad ilerdense de Tremp. Allí Juan Mateo combatiría junto con sus camaradas de la 119 y las otras dos brigadas de la 26 División, la 120 y la 121, en la conocida como batalla del Segre, parte a su vez de la decisiva y más afamada batalla del Ebro, con el objetivo de frenar el avance rebelde por tierras catalanas. En el Segre se enfrentarían a la temida caballería marroquí dirigida por el general Yagüe, aquella que había pasado por otras localidades del país asesinando a civiles y saqueando con la connivencia de sus mandos españoles, aquel cuerpo militar que era situado siempre en la vanguardia y cuyos miembros parecía como si se lanzaran sin temor alguno hacia una muerte segura. Tanto es así que, tal y como Juan lo describía, mientras los republicanos se encontraban atrincherados y los nacionales ordenaron una primera carga a caballo, los oficiales de los defensores no dejaban de animar a sus soldados gritándoles: “¡sangre fría, no disparad aún!”; hasta que de repente, cuando ya se encontraba el enemigo muy cerca, se dio la orden de abrir fuego, entonces los nidos de ametralladoras y los disparos de los fusiles eliminaron a todos los jinetes. La resistencia en esta posición defensiva sería feroz pero, finalmente, la 26 División debió retirarse derrotada el 2 de enero de 1939, con sus fuerzas muy mermadas. La guerra estaba perdida no sólo ya para esta división, sino también para la totalidad del bando republicano, pues era cuestión de semanas que Cataluña cayera y con ello el resto del territorio que aún no controlaban los sublevados: Madrid, Castilla-La Mancha y la franja litoral comprendida entre las provincias de Valencia y Almería. No obstante, la tenaz resistencia en el Segre permitió a las tropas de la 26 División emprender exitosamente el camino hacia los Pirineos, dentro del cual la compañía de Juan Mateo se desplazaría concretamente a través de esta probable ruta: Tremp, Manresa, Suria, Vich, Berga, Ripoll, Seu d’Urgell y Puigcerdà.

Retirada, derrota y campos de concentración

En su retirada, con el ejército franquista pisándoles los talones, la compañía de Juan Mateo alcanzaría

Seu d’Urgell, municipio en el que el por entonces *de facto* ya capitán fue invitado a dormir por parte de las autoridades locales republicanas en una casa, donde sin duda podría disfrutar de una cómoda cama, un preciado bien en esos momentos en los que llevaba prácticamente tres años luchando y durmiendo al raso. Sin embargo, Juan rechazaría tan amable propuesta y prefirió compartir el lecho del frío suelo de un edificio público con sus connilitones, ya que intuía que esos serían unos de los últimos momentos que pasaría junto a ellos en territorio español. El hecho de ser oficial le había ofrecido también la posibilidad de desplazarse a Barcelona para a continuación poder embarcar hacia México, pero Juan no quiso abandonar a su suerte a sus compañeros ni a su joven hermano, Ramón Mateo, que entre ellos se encontraba, pues se sentía responsable de toda su compañía y consideraba que era su deber conseguir que todos sus miembros cruzaran vivos la frontera, sobre todo ahora que había sido aprobado su ascenso a capitán y que, a su vez, su capitán había caído en combate. A lo largo de las últimas semanas de lucha junto a su tropa, en constante retirada hacia los Pirineos, acosados por la infantería y la aviación nacional, solamente le quedó a Juan Mateo la opción de cruzar a pie hacia Francia, país que, a diferencia de México, que se erigiría en una especie de paraíso para los refugiados de guerra, se convertiría en un auténtico infierno para los exiliados republicanos, tal y como a continuación describiremos, principalmente por dos cuestiones: la crueldad y pasividad inicial de las autoridades francesas, así como la posterior invasión alemana del país vecino. Los combates por el control de la ciudad de Lérida, la ofensiva para la toma de Zaragoza, Belchite, la defensa del frente de Aragón, el Segre o los combates en la retirada de Cataluña, en definitiva, dos años y siete meses de lucha armada, quedaban ya atrás.

Juan y sus hombres cruzaron el paso fronterizo de Puigcerdà el 9 de febrero de 1939 y justo antes de hacerlo el capitán republicano desmontó su pistola y arrojó en diferentes sitios cada una de sus piezas, jurándose a sí mismo no volver jamás a empuñar un arma, promesa que cumpliría hasta el fin de sus días. Ya en Francia sería encerrado junto a numerosos españoles en el campo de refugiados de Septfonds, en el sur del país vecino, lugar que funcionaba como

un campo de concentración en toda regla, a pesar de que esta nación no era enemigo reconocido de la República. En Septfonds, una superficie de treinta hectáreas estaba delimitada por una alambrada de espino y por si esto no resultara ya suficiente para evitar que los reclusos se escaparan, los allí retenidos eran además vigilados por soldados senegaleses que portaban fusiles con bayonetas caladas. El sistema de control de fugas también incluía torres de vigilancia y focos, así como cualquiera que intentara evadirse podía ser persuadido de ello al conocer la existencia de una minúscula área alambrada que hacía las veces de celda de castigo. En este campo de refugiados, conocido como campo de Judes, los exiliados debían en un principio dormir al raso, en pleno invierno, amontonados unos junto a otros para darse calor, ya que en esas circunstancias una manta era un preciado y escaso bien. Cada mañana, los propios españoles debían recoger los cadáveres de aquellos de sus compañeros que habían fallecido durante la fría noche, víctimas del hambre, las bajas temperaturas, el tifus o la tuberculosis. Como podremos concluir con lo ya comentado, las condiciones de vida que proporcionaba el campo eran inhumanas, pero por si esto no bastaba ya, también debemos añadir que los allí encerrados carecían de asistencia médica adecuada, no disponían de las más básicas medidas de higiene, así como cabe destacar que el único alimento que recibían fue durante mucho tiempo únicamente unos puñados de maíz que los soldados coloniales les arrojaban como si fueran animales de corral. Es más, ni tan siquiera les estaba permitido encender fuego para poder cocinar el duro grano o, al menos, para calentarse. No obstante, los refugiados de guerra españoles finalmente consiguieron organizarse para reclamar este derecho y, probablemente por temor a un amotinamiento, a la postre fueron autorizados para cocinar en unos calderos una especie de gachas de maíz. Puede parecer una tontería pero eso explica por qué nuestro protagonista aborreció el resto de su vida este cereal. Tal y como nos informa el historiador José Antonio Vidal Castaño en su excelente obra titulada *Exiliados republicanos en Septfonds*, más adelante, hacia el mes de marzo de 1939, comenzarían a construirse los treinta barracones de madera que acabarían dando allí cobijo a quince mil españoles. En el lugar donde se encuentran enterrados los que fallecieron en el campo de Judes hay un losa

conmemorativa instalada por las autoridades francesas, junto a una lápida con un fragmento de un poema de Rafael Alberti que reza “vosotros no caísteis: muertos al sol, al frío, a la lluvia, a la helada [...]”.

Por suerte para él, Juan pudo abandonar el campo de Septfonds en diciembre de 1939 para trabajar en Portiragnes, en el departamento de Hérault, también en el sureste de Francia, como viticultor en las tierras de un francés llamado Clement Fortanier, para suplir la falta de mano de obra debida al reclutamiento de ciudadanos franceses en el ejército tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Juan Mateo trabajó al menos para otros dos propietarios agrícolas franceses más, instalados también en Portiragnes, hasta al menos el 31 de diciembre de 1942. De esta forma evitó tener que unirse a las compañías de trabajadores españoles que fueron encargadas de las obras de fortalecimiento de las defensas francesas de cara al enfrentamiento con la Alemania nazi, así como esquivó tener que alistarse en el ejército francés. Con todo ello se libró del destino que muchos de sus compatriotas debieron sufrir, ya que cayeron en manos de los nazis cuando éstos invadieron Francia y fueron en su mayoría deportados a campos de exterminio como el de Mauthausen, en Austria. No es necesario mencionar que Juan Mateo no contemplaba en ningún caso su repatriación, única opción que les quedaba a los refugiados españoles que no consiguieron ser contratados a título individual por ciudadanos franceses, que no fueron integrados en las compañías de trabajadores extranjeros o que no se alistaron en el ejército francés. Al parecer, Juan resultó ser en todo momento un trabajador eficiente, no sólo porque él así lo afirmara, y es que la documentación existente relacionada con sus contratos de trabajo y los certificados emitidos por sus patrones, entre los que destacan las cartas manuscritas por parte de los contratistas, en las que se solicita a las autoridades francesas poder continuar contando con sus servicios, así parecen confirmarlo.

No obstante, finalmente Juan Mateo acabaría también siendo recluido en un campo de concentración *alemán*. No sabemos exactamente cuándo, dónde ni cómo se produjo su deportación. Este hecho no tendría lugar antes de que comenzara el año 1943 y, en cualquier caso, no se prolongaría

nunca más allá del verano de 1944. Muy probablemente sería encerrado en el campo de Vernet o en el de Gurs, ambos en el sur de Francia, en la zona del país vecino no ocupada por los nazis, que gracias a la firma de un armisticio el 22 de junio de 1940, por parte del mariscal Pétain, permitió allí la creación de un estado títere de Hitler, conocido como “la Francia de Vichy”. Es muy posible que Juan Mateo, a pesar de ser un trabajador rentable, pasara a ser considerado por el régimen de Vichy como un agitador y por ello fuera deportado. Pero por suerte para su persona, Juan se mostraría en el nuevo campo de concentración en todo momento cooperante y dispuesto a hacer aquello que se le ordenara. Tanto es así que consiguió incluso durante cierto tiempo trabajar en la cocina del campo, de forma que así podía disponer siempre de buen alimento para él y, sobre todo, para su joven hermano, Ramón, que de nuevo le acompañaba. Probablemente el aprender a chapurrear alemán, su aparente actitud participativa y el hecho de ser muy habilidoso le sirvieron para ganarse la simpatía de los soldados alemanes. Debido a todo ello no tardaría en encomendársele también la tarea de ser el barbero de los oficiales alemanes, quienes le proporcionaban cuantiosas propinas. En no pocas ocasiones se le pasaría por la cabeza degollar a aquellos altos mandos germanos con la afilada navaja con la que les afeitaba, pero era muy consciente que no sólo se jugaba su propia vida por una tontería así, que, además no conducía a nada, sino que, incluso, la suerte de su hermano correría peligro con ello. No obstante, Juan sí que decidió jugarse el pescuezo en beneficio de la propia Francia, aquel país que tan ingrato se había mostrado en un principio con él y sus compatriotas, y, en definitiva, asumiría muchos riesgos en pro de la libertad. En consecuencia, comenzó a colaborar con la Resistencia francesa, de forma que haría de confidente para sus miembros, al tiempo que cada día robaba comida de la cocina para entregársela a sus combatientes. Incluso resulta anecdótico cómo Juan y miembros de la Resistencia llegaron a idear un método para lograr sacar de forma clandestina una mayor cantidad de pan, que consistía en introducir en las perneras de unos anchos pantalones, especialmente diseñados para tal fin, varias barras de gran tamaño que se ataban a las piernas.

De esta forma, entre la cocina y la barbería, Juan vivió durante algunos años, mientras duró la ocupación nazi, como él mismo afirmaba, mucho mejor alimentado y tratado por los alemanes que por los propios franceses. Aunque, no obstante, tenía muy claro cuál era su nuevo enemigo, el nazismo, y por eso siempre lo combatió a su manera.

Por suerte para Europa, los aliados desembarcaron en Normandía y Francia pudo ser liberada. Curiosamente, el primer tanque que entraría en París, que portaba el nombre de *Guadalajara*, estaba tripulado por antiguos combatientes de la Columna Durruti, aquellos mismos milicianos anarquistas que habían luchado junto a Juan Mateo. A éste le seguirían otros blindados con los nombres de *Madrid*, *Teruel*, *Belchite*, *Brunete* o *Guernica*. Juan se llenaba de orgullo cada vez que nos contaba cómo sus antiguos camaradas fueron los que liberaron París. El ejército alemán comenzaría a partir de entonces a ceder terreno hasta que fue acorralado en su propio país. Solamente entonces finalizaría la Segunda Guerra Mundial en el viejo continente.

No obstante, Juan no podía regresar todavía a España, pues si bien el fascismo había sido erradicado de Europa en aquellos países que habían participado en la Segunda Guerra Mundial, en cambio la comunidad internacional nada hizo por acabar con él en España. En consecuencia, como todos bien sabemos, el franquismo se prolongaría cerca de cuarenta años. Sin embargo, Francia era de nuevo una nación libre y por ello Juan Mateo decidió permanecer en el país vecino. A partir de entonces se le darían a Juan todas las oportunidades que inicialmente se le negaron, de modo que sería tratado casi como un ciudadano francés.

El regreso

Los años transcurrieron felizmente para Juan en Francia pero solamente pudo regresar a su amada patria cuando era ya un anciano de sesenta y siete años. Corría entonces el verano de 1981, aquel año en el que un puñado de antedemócratas trataría de dar un golpe de Estado, algo a lo que siempre se ha dedicado la extrema derecha de este país a lo largo

del siglo XX cada vez que se corría el riesgo de que la nación viviera en un ambiente de tolerancia. Pero a pesar de todo, estos años finales de la vida de Juan Mateo serían dichosos, pues durante ellos pudo disfrutar en su país de su familia, así como, a su vez, se le concedió una pensión como oficial del ejército y recibió el reconocimiento de la nación como excombatiente de las Fuerzas Armadas españolas.

Una vez fallecido Juan, el 11 de junio de 2004, tuvimos el privilegio de que su familia nos hiciera entrega de toda la documentación que él conservaba desde tiempos de la Guerra Civil. Entre estos descubrimos en una copia de la *Gaceta de la República*, procedente de los archivos de Salamanca, que su ascenso a capitán de la Guardia de Asalto había sido oficialmente aprobado. Los múltiples documentos que recibimos también vendrían a confirmar muchos de los datos que Juan nos había aportado verbalmente. Por suerte para mí, David Barreras, tuvimos mucho tiempo para dialogar sobre muchos asuntos relacionados con las dos guerras y su exilio, ya que tuve el placer de conocer a Juan desde que nací. Trabé una profunda amistad con él, la cual me

permitió poder escuchar sus interesantes relatos sobre la Guerra Civil y la Francia ocupada, historias que a nadie parecían interesar, motivo por el cual aunque yo sólo era un niño, a mí me las contó con todo lujo de detalles. Juan me hablaba sobre la guerra porque yo sabía escucharle. Esto era, además, por su parte una especie de intento por comunicar a mi generación lo que sucedió en la España de los años treinta y con ello evitar cometer los múltiples errores en los que los españoles incurrieron entre 1936 y 1975, pues, a su juicio, era necesario no olvidar el pasado y conocer nuestra historia para lograr no repetirla. Estábamos tan compenetrados que yo incluso le llamaba tío, aunque, conforme fui creciendo descubrí que el hecho de estar casado con mi abuela paterna me otorgaba el derecho a llamarle abuelo.

IN MEMORIAM

JUAN MATEO PORTA (1888-1938)

JUAN JOSÉ MATEO TEJEDOR (1914-2004)

A todos los olvidados de Septfonds

